

ARTURO ARDAO (27/9/1912 – 22/9/2003)

Angelita Parodi de Fierro

Este acto de homenaje fue concebido como un acto celebratorio del nacimiento de una personalidad que fue para la cultura nuestra como un don que deberemos agradecer siempre: Arturo Ardao. Hemos constituido un equipo de cinco disertantes integrado por estudiosos de la filosofía y con especial dedicación a la obra de nuestro homenajeado: Yamandú Acosta, Jorge Liberati, Luis Alemañy y Horacio Bernardo

Mi intervención tendrá un tono personal al referirme a varios aspectos de esa personalidad ejemplar, que conocí en mi época de estudiante: el ya lejano tiempo de ver aquella estampa gallarda que transitaba por los patios del IAVA rumbo a su clase causando en nosotros, estudiantes de Preparatorios, admiración y respeto, por su apostura y seriedad.

No fui alumna suya en esa etapa, pero sí en el Instituto de Profesores Artigas en la década del 50 en el curso de Historia de las ideas en América, en el que se prodigó para enriquecimiento de nuestra formación cultural y de la asunción de nuestra conciencia latinoamericana. Cursé también un año de práctica bajo su guía y su juicio.

En esa época publicó varios ensayos recogidos en *Filosofía de Lengua Española* (1963) que parecen responder al descreimiento en la existencia de una filosofía americana que dominaba en algunos docentes de nuestro entorno, cuando ya la tarea de Ardao había alcanzado el reconocimiento de pensadores del exterior. El trató de “reconstruir la trayectoria de la conciencia americana –como él mismo lo dice–, en su intimidad propia y en su originalidad histórica”. Me permito leer estas líneas del artículo de María Angélica Petit, que aparece en *Ardao por Diez*, obra a él dedicada por varias personalidades de nuestra cultura al año de su desaparición física (2003-04).

Una peculiar impronta, un determinado sujeto histórico y filosófico informa la suma ardaoiana. La vigilancia epistemológica y el respeto por las propias normas axiológicas pautadas por la voluntad de objetivación y el incansable propósito de contribuir a desentrañar la verdad histórica, de llegar a las raíces del pensamiento filosófico nacional y latinoamericano no descontextualizados de las circunstancias de las cuales emergieron, legitiman esa labor sin precedentes. Labor cumplida –en palabras de Foucault– por un “sujeto definido por la relación con uno mismo” a la vez que como mediador para trasladar objetivamente el saber, y ser vín-

culo entre el acervo del pasado y la colectividad, tanto como entre aquel acervo y el pensamiento del presente. Este sujeto histórico y filosófico, historiador de las ideas, doctrinariamente historicista, pone en práctica y ejemplifica a un tiempo, la filosofía y la pedagogía dialógicas.

Ardao reconoce que hasta el siglo XX la filosofía americana se desarrolló como reflejo de la europea, y no puede encontrarse originalidad de doctrinas o ideas en su formulación teórica, pero sí en la vivencia concreta por conciencias de pensadores enfrentados a “intransferibles circunstancias históricas del espíritu”, en materia de acción política o cultura. Lo formula en esta frase: “Fueron ajenos los instrumentos conceptuales empleados, pero fueron nuestros el trance y la respuesta. Logos foráneo, pero pathos y ethos personalísimos.” Recomienda humildad en cuanto a la valoración de esa etapa con respecto a la cual introduce otro pensamiento digno de ser también recordado: “Pero eso fuimos y sobre tales raíces hemos crecido. Ignorarlos o, lo que es peor, desdeñarlos, es más que negarnos a nosotros mismos, condenarnos a carecer de esa memoria del yo con que las colectividades como las individualidades integran, en definitiva, la personalidad.”

Como investigador y como docente fue rescatando del olvido o de la indiferencia luminosos retratos de personalidades egregias o ejemplares de nuestra historia que habrían permanecido al margen del interés filosófico o pedagógico de muchos de nosotros. Mostró con claridad la ligazón de su pensamiento con el decurso de nuestra historia misma cuando las instituciones públicas, la conducción de la vida política, social, cultural, educativa, estaban en gran parte sostenidas por poderosas corrientes filosóficas que dieran “sustancia al espíritu liberal”, y que a despecho de las apasionadas controversias de brillantes sostenedores de tales doctrinas, se conjugaron en la integración de sentimientos de tolerancia y de respeto. Tomo, por ejemplo, la figura del espiritualista Plácido Ellauri: (ver *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, 1950) Fue un docente venerable y venerado hasta por discípulos que no compartían y combatían sus ideas. En él veo rasgos afines a los del propio Ardao, quien con cierta delectación se refiere a esta figura excelsa, deplorando a la vez que en la época que escribe, quien fuera por 25 años lo que alguien calificó como “el rector de la filosofía” en el Uruguay, fuera un desconocido para las nuevas generaciones.

Como docente, en sus clases del IPA su trato con nosotros fue sobrio, sereno, nunca dogmático, siempre tolerante y respetuoso, sin alardes de suficiencia, sin exhibicionismo de sabiduría, y a veces con alguna actitud aparentemente dubitativa como si estuviera hurgando en determinada idea para llegar a su verdad.

Y en cuanto a su posición en relación con las corrientes de las que se ocupó es muy claro lo que nos dice en la advertencia con que se abre su obra *Racionalismo y Liberalismo en el Uruguay* (1962). Allí hace explícita su posición “desvinculada en absoluto de toda confesión u organización religiosa o filosófica, tanto de las principalmente historiadas en el trabajo –catolicismo, protestantismo, francmasonería– como de cualesquiera otras”. Y si bien reconoce que la libre posición racionalista ha ejercido un cierto influjo en planteamientos y desarrollos, “no se ha querido servir a más preocupación que la de la objetividad histórica”. Objetividad que no ha sido la pálida neutralidad que se niega hasta el derecho de la interpretación, sino la que surge del rigor de una cabeza pensante que no se conformará con darnos una historia de las ideas despegada de la realidad, sino que pone de manifiesto las circunstancias en que fue gestándose el pensamiento de esas vidas que resurgen por sus profundos análisis: el momento político, la fuerza de las corrientes de ideas que se disputaban el dominio de los espíritus y de los órdenes de la cultura en el ámbito educacional, en el religioso, en el de la organización social. Y sin renunciar al juicio valorativo en aplicación de un criterio asumido por una conciencia lúcida independiente, en la que lo axiológico no abdica de sus legítimas exigencias, mantiene la actitud de respeto y admiración –virtud a destacar en Ardao– por las personalidades que aportaron lo que creyeron ser lo mejor para el desenvolvimiento de estas tierras, ya fuere mediante el cultivo de la ciencia positiva, o mediante la dirección hacia la trascendencia, hacia la educación, la organización social... El supo resaltar con entusiasmo inteligente la vehemencia y honestidad de los expositores adictos a esas corrientes encontradas en el difícil trabajo de construcción de nuestra identidad. Y supo transmitir ese entusiasmo en sus obras y cursos.

Fue extraordinaria la amplitud de su mirada, abarcadora de todos los temas y personalidades que merecían ser objeto de reflexión, y fue riquísima y enriquecedora su producción en ensayos publicados en nuestro país y en el extranjero, producción parte de la cual sigue llegando a nuestras manos como, por ejemplo la obra llamada *Escritos Trashuman-tes. Trabajos dispersos sobre filosofía de América Latina y España*, título y subtítulo puestos por la editorial, y que llegó a mis manos por gentileza de la familia directa de nuestro homenajeado: su esposa María Modesta, sus hijas Sylvia y Alicia, que forman parte de mis afectos.

Quienes me acompañan en este homenaje desarrollarán puntos interesantes que nos muestran a Ardao como filósofo profundo, no solo historiador de las ideas sino como “Maestro sin más” según lo califica Agustín Courtoisie transfiriéndole ese título dedicado por el propio Ardao al doctor Carlos Quijano.

Pero yo quiero limitarme a una ocupación de Ardao que trascendió la preocupación filosófica y se internó en investigaciones científicas o más bien científico-filosóficas cuyos resultados nos permiten una prognosis para un no demasiado lejano futuro del hombre y de la realidad cósmica. Del libro *Espacio e inteligencia* con varios ensayos que van fechados entre 1972 y 1979, escojo “Praxis y espacio exterior”, del año 1979, salteando otros interesantísimos, en el que se ocupa de la idea de los mundos habitables por el hombre que ya no es, nos dice, una hipótesis no verificada como la de mundos “habitados” sino cuya realización debería serlo por la acción humana, y que justamente ha tenido ya un comienzo en la conquista del espacio exterior, especialmente con el descenso del hombre a la luna. Con la vertiginosa progresión de la ciencia y la tecnología, el hombre terrestre ha comenzado ya la conquista del espacio exterior, con la consecuencia de cambios en su propia estructura así como los hay para la realidad cósmica con la formación de nuevos cuerpos en el espacio.

El hombre terrestre “vocado” a habitar otros mundos” considerado como es ahora, puede ser también por evolución biológica un ser natural, derivado de aquél, o un ser artificial producto de creación suya con los recursos de la cibernética, como cabe concebir, también, seres en parte naturales y en parte artificiales en los que a veces es difícil distinguir lo natural de lo artificial., merced a la ciencia y la tecnología.

La antropología filosófica, frente a estos casos reconocerá que “por caminos de la ciencia y la tecnología, este ser biológico que es el hombre ha comenzado –apenas comenzado– a orientar voluntariamente la evolución, ordenando la materia en por ahora incipientes organizaciones, llamadas a desarrollar formas de conciencia de grado creciente”.

De ese modo el hombre terrestre se trasciende a sí mismo por la evolución autogenerada, en la que la materia no es como pensaba Bergson el obstáculo al impulso vital sino medio de su trascendencia, y será siempre a partir de sus cualidades de hombre que llegará a transformarse en su entidad biopsíquica y pensante en vía de grados crecientes de racionalidad. Así también en los mundos habitables, una vez habitados por grupos de seres provenientes de la tierra, habrá cambios que afectarán al sistema solar, lo que ya ha empezado con los satélites artificiales. Véase que todo esto y lo que sigue fue fechado en 1979. Siendo esto una verdadera revolución debería ser asumido por la filosofía, pensaba Ardao. Y en los hechos, la revolución tecnológica ha hecho que los contenidos de la ciencia positiva se vuelvan en antecedente obligado del pensar filosófico, superando una contrarrevolución transitoria de la filosofía en contra de lo que consideraba “inspiraciones naturalistas.”

Se apoya en Teilhard de Chardin en su concepción de las esferas: hilosfera (materia, biosfera –vida– y noosfera –esfera pensante–) pero prescinde de otros elementos filosóficos y teológicos de su concepción. De la noosfera se desprenderán nuevas esferas emergentes que mantendrán relación con la esfera madre y se traducirán en nuevas formas de pensamiento. Todo este proceso influye sobre la historia humana, la historiografía y otras disciplinas promoviendo la aparición de la astrohistoria, astrofísica, astrobiología y disciplinas aplicadas.

Y pasando a la filosofía de la historia, en el último párrafo de este ensayo nos deja una señal de cierta inquietud, más allá de la positiva admiración con que ha escrito estas páginas, anunciando que “ante la perspectiva de una pluralidad de noosferas derivadas de la noosfera terrestre, toda reflexión, no ya sobre la meta de la historia, sino simplemente sobre su desarrollo futuro, se abisma en interrogantes insospechados por la filosofía anterior”.

Transcribo: “Baste mencionar la relación entre esas distintas esferas para el caso de que lleguen a adquirir, en la sucesión de las generaciones, determinado grado de desarrollo propio desde el problema político del mantenimiento de centros de poder hasta el intercambio de toda clase de valores culturales. Tradicionales nociones como, por ejemplo, las de nacionalidad y patria o las de imperio y colonia, apenas pueden ofrecer frágiles puntos de apoyo para pensar por anticipado una serie de realidades que no tendrán parangón con ninguna clase de experiencias precedentes.”

Para quienes nos movemos en nuestro mundo en cierto modo “distráidos”, como expresara Carlos Benvenuto a propósito de los problemas filosóficos, y que podemos aplicar a nuestra indiferencia por los adelantos “uniformemente acelerados” de la ciencia y la tecnología, adelantos en la investigación y en la realización, podrá parecer utópica, como producto de su imaginación, la advertencia que nos hace Ardao para un futuro quizá no tan lejano como podría pensarse. Sin embargo, basta leer las noticias que aparecen frecuentemente en alguna página de la prensa o escuchar con atención algún informativo que dedica algunos minutos a cuestiones científicas, para enterarnos de pronto del hallazgo de satélites, hasta ahora ignorados, de otros planetas, como el descubrimiento, hace unos meses, de un planeta similar a la tierra cinco veces más grande que esta, al que se le ha dado el nombre de Gliese 581c por moverse alrededor de la estrella Gliese 581, y que está más cerca de esta que la tierra del sol. Siendo la estrella citada mucho más pequeña y fría que este, puede pensarse que habría agua en el planeta satélite y que sería habitable. Cuarenta años habría tal vez que esperar para saber si hay vida inteligente en él, y si es cierto que una vez que el sol concluya,

dentro de cinco mil millones de años, su vida útil de estrella madre del sistema solar y por lo tanto de la Tierra a la que da el calor suficiente para que sus aguas no se evaporen, tal vez el hombre terrestre encuentre refugio en el nuevo planeta, cuando su actual morada se vuelva a su vez inhabitable.

Esa amplitud visual que he mencionado ha traspasado el límite del interés del espacio terrestre sin abandonarlo por parte del investigador que admiramos, y le ha dado impulso para trascenderse y ascender al cosmos sin límite y trasciende también pasado y presente generando una prognosis hacia un futuro realizable que quienes estamos hoy aquí no tenemos a nuestro alcance.